

Problematizando la noción de interculturalidad: Cómo pensar una práctica educativa liberadora desde lo intercultural

Francisca Fernández Droguett

Resumen

El presente artículo desarrolla la noción de interculturalidad poniendo especial énfasis en lo que implica esta conceptualización en el ámbito de la educación. Se pretende abrir una perspectiva liberadora respecto de esta reflexión, que abandone los tradicionales marcos de análisis y sitúe la discusión en una perspectiva que valore un nuevo tipo de educación.

Palabras clave: Interculturalidad, educación, multiculturalismo, descolonización.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo imaginar una educación intercultural? ¿cómo pensar la educación en términos de la interculturalidad?

Para pensar una educación intercultural debemos primeramente problematizar la noción misma de interculturalidad y a su vez desmonologar el discurso educativo en su condición de modelo hegemónico monocultural. Hablar de interculturalidad es referirnos a múltiples manifestaciones culturales, partiendo del hecho de que somos y hemos sido una pluralidad por lo que una educación en estos términos debe dar cuenta de la diversidad cultural, pero además de los posibles lugares de encuentro de estos diversos referentes culturales. Para ello debemos promover un cambio en el estilo de pensar la educación, replanteándonos nuestra forma de educar.

La construcción de una educación intercultural constituye una invitación a un diálogo permanente desde realidades convivenciales, requiriendo de criterios definidos conjuntamente para la posibilidad de un diálogo intercultural.

Pero ¿quién coloca esos criterios, quién dice cómo ejecutarlos? ¿cómo pensar una educación intercultural desde la escuela, siendo que ha constituido el mecanismo por excelencia de homogeneización cultural?

El componente intercultural en nuestra vida siempre ha estado presente pero desde Occidente no ha sido confesado, o más bien se ha negado sistemáticamente; más allá de construir una relación intercultural debiésemos asumir el componente innegable intercultural de nuestro mundo cultural. La realidad es intercultural en sí.

En términos teóricos hablar de una educación intercultural es muy complejo, ya que el hecho de pensar en la interculturalidad desde la educación plantea una se-

* Antropóloga Social. Magíster en Psicología Social y Candidata a Doctora en Estudios Americanos, Instituto de Estudios Avanzados IDEA-USACH.

rie de problemáticas. Por ejemplo, los pueblos indígenas nunca han tenido escuelas (como entendemos nosotros el término) para aprender, siendo el espacio de la escuela una imposición monocultural, ya que responde a un tipo determinado de visión de mundo. Siendo conscientes de esta situación, debemos pensar cómo desde lo intercultural podemos plasmar una educación distinta, emancipadora, plural.

Cuando hablamos de interculturalidad nos referimos a dos niveles, como algo deseable, como una perspectiva en la cual se busca el diálogo entre culturas, como un proyecto de construcción, pero también como una situación de hecho, constituyendo una de las condiciones para poder proyectarnos hacia una interculturalidad entendida como perspectiva de aprendizaje mutuo.

La noción de interculturalidad que se propone aquí implica una forma de relación social. Hablar de interculturalidad es hablar de sistemas sociales, relaciones de poder y cosmovisiones, pero también es hablar de nosotros mismos. Es decir, se trata de enlazar las dimensiones individuales, intersubjetivas y sociales de la interculturalidad como construcción y relación social. La perspectiva de la interculturalidad es un enfoque sobre la convivencia con el *otro* y los efectos que implica esta relación.

MULTICULTURALISMO V/S INTERCULTURALIDAD

Tanto el concepto de multiculturalismo como el de interculturalidad han sido utilizados para referirse a la existencia de diversas realidades culturales en coexistencia, pero del mismo modo se diferencian en su énfasis para abarcar tal problemática.

En cuanto al multiculturalismo, en los Estados Unidos emerge como un llamado de atención contra la concepción monocultural de un país multicultural. El debate se centra en la reivindicación de las diferencias. El multiculturalismo se sitúa desde la preocupación de los problemas derivados en el encuentro entre culturas, buscando propiciar la convivencia pacífica de las diversas culturas. Por una parte, da cuenta de un hecho o situación, la existencia de varias culturas en un mismo Estado, de muchas comunidades culturales en una comunidad mayor, pero por otro lado constituye una herramienta de dominación para hacer calzar el liberalismo, basado en el principio de la igualdad, con el derecho a las diferencias. (Beuchot, 2002).

La noción de interculturalidad apareció en América Latina casi paralelamente que en Europa, bajo circunstancias distintas. En América Latina el concepto se encuentra relacionado con la construcción del Estado-Nación, y de cómo integrar múltiples referentes culturales a un solo proyecto, en cambio en Europa el término es asociado a las nuevas olas de migrantes del Tercer Mundo. En el primer caso, lo intercultural tiene que ver con lo constitutivo de la nación; en el segundo, con lo foráneo, lo extranjero, el emigrante.

En el contexto latinoamericano, el modelo intercultural que se pretende va más allá del reconocimiento de la diversidad, de los pueblos indígenas, o comunidades afroamericanas u otros grupos subordinados. La propuesta intercultural apunta, más bien, a cambiar las condiciones y las modalidades en las que se dan los intercambios. En ese sentido, podría entenderse la interculturalidad como un proceso de negociación social que, constataando la existencia de relaciones asimétricas de poder, busca construir relaciones dialógicas y justas entre los actores socia-

les pertenecientes a universos culturales diferentes, sobre la base del reconocimiento y la convivencia con la diversidad.

En un primer momento, la noción de interculturalidad se asocia al reconocimiento de lo diverso, propiciando el diálogo cultural entre iguales, no porque no se reconocieran las desigualdades manifiestas sino porque intencionalmente se deseaba buscar una relación de diálogo. El enfoque sobre interculturalidad se centró en las condiciones subalternas de los pueblos oprimidos en nuestro continente, específicamente indígenas y afroamericanos. Muchos movimientos indígenas, en el esfuerzo de potenciar el diálogo social, han propuesto la interculturalidad como nueva forma de relación e interacción social. Es en el campo de la educación donde han habido mayores desarrollos al respecto. (Moya, 1998)

La interculturalidad constituye un lugar desde donde se puede dar cuenta de nuevos modos de ser y de estar en la realidad, siendo una exigencia moral de un espacio humanizado en que sujetos provenientes de distintos horizontes culturales puedan llevar a cabo su propia manera de ser en compañía de otro (González, 2002).

..., la interculturalidad visualiza el espacio requerido para que se pueda dar un gesto de ruptura con uno mismo. Es el reconocimiento de que ningún individuo, ninguna cultura, pueden hacerse por sí mismos. Todos necesitamos pasar por los demás para poder decirnos y hacernos. (González; 2002: 84)

La interculturalidad como lugar es ante todo una experiencia, que se entrelaza con nuestra vida cotidiana donde compartimos vida e historia con el otro; es una experiencia de calidad en nuestras

culturas propias. Desde esta perspectiva se convierte en algo que ya está presente, pero a su vez es una necesidad, una tarea para descubrir a América en toda su diversidad reconociendo la multiplicidad cultural como un hecho pero también como una potencialidad (Fornert-Betancourt, 2002).

La necesidad del diálogo intercultural en América Latina se presenta, como hemos visto, con una doble dimensión de obligación normativa: la de reparar la culpa con las víctimas del colonialismo y la de promover un nuevo orden justo, reconociendo al otro en su dignidad y colaborando con su empresa de liberación. (Fornert-Betancourt; 2002: 132)

INTERCULTURALIDAD Y EDUCACIÓN

Desde la educación, el concepto de interculturalidad ha sido entendido como "un enfoque relacionado con la gestión de la diversidad cultural" (Chiodi; 1994: 12), que se vincula con la capacidad de reconocer las diferencias, fomentando una actitud de respeto hacia las diversas culturas, pero, sin embargo, debe trascender el orden puramente del reconocimiento, constituyendo una práctica de diálogo, como conversación permanente entre diversos referentes culturales.

Para autores ligados a la EIB (Educación Intercultural Bilingüe), la interculturalidad remite a un conjunto de principios: la aceptación de la alteridad, la conciencia de ser distintos, el respeto mutuo, el abandono del autoritarismo mediante la construcción de una relación dialógica entre los distintos actores; el fomento de la comunicación y la flexibilidad en las relaciones sociales entre el mundo "occidental" y los pueblos indígenas.

Se debe entender como interculturalidad al respeto y reconocimiento mutuo de las diferencias, a la aceptación del otro como legítimo otro en la convivencia, al diálogo respetuoso y permanente, la comunicación y la negociación para la búsqueda del bien común (Cañulef, 1998: 206)

La EIB pensaba como una educación pertinente, basa su accionar en la interacción y el diálogo de las diversas culturas existentes, desde la singularidad de la cultura del educando, llevando al alumno a reflexionar sobre su realidad más cercana.

En otras palabras, una escuela intercultural promueve un sistema de pensamiento y procedimientos de categorización abiertos y flexibles, una mentalidad disponible ante la diferencia y favorable al acercamiento a otros horizontes culturales. (Cañulef, 1998: 64)

Se parte desde el ámbito de lo cotidiano para saltar hacia la convivencia con lo extraño, lo distinto, por lo que el interculturalismo es un término que nos involucra a todos, como partícipes de una sociedad multicultural. No debemos olvidar que nuestra existencia diaria se mueve entre diversos horizontes culturales. El mundo siempre ha sido multicultural.

Cuando pensamos una educación intercultural estamos ante un proceso de identificación de los sujetos con la autoconciencia, autoestima y autodeterminación de ser un parte de una identidad, un grupo cultural, pero además se apuesta hacia la construcción de una educación liberadora y comunitaria, que implica el diálogo, la mutua comprensión y valoración entre grupos sociales provenientes de diversos modos culturales.

Más allá de entender la realidad como multicultural, la interculturalidad debe ser entendida como un proceso a alcanzar, por construir entre todos, como continua relación de alteridad bajo la convivencia de culturas en su diferencia, siendo una tarea política de todas las personas, y no exclusivamente de los pueblos indígenas, teniendo en consideración que toda realidad es intercultural en sí misma.

La interculturalidad, rebasa lo étnico puesto que interpela a toda la sociedad en su conjunto, pues implica la interrelación, la interacción dialógica de diversos y diferentes actores sociales, y no únicamente de los pueblos indígenas. El lugar de la interculturalidad, más allá de ser una realidad, es un proyecto por construir de diálogo entre las distintas culturas, para fortalecer la justicia y la solidaridad en las relaciones interculturales.

El valorar y disponer simultáneamente al conocimiento científico e indígena, no constituye en sí mismo, un acto de interculturalidad. Lo que le daría ese carácter, es la generación de perspectivas que los articulen, digamos, un nuevo tipo de conocimiento, por eso lo planteamos como un espacio por construir. (Morales, 1998: 72)

Cuando hablamos de la aceptación de la diferencia cultural estamos favoreciendo una relación dialógica entre las culturas, teniendo en consideración que históricamente las relaciones entre culturas se han consolidado de manera asimétrica. Debemos ser capaces de dar del carácter relacional de las culturas, negando la primacía monocultural como referente de análisis hacia la diversidad cultural. Se debe incorporar la diferencia como una constante en la vida contemporánea, para aportar hacia un

conocimiento y un respeto mutuo, donde se legitime al niño desde su especificidad cultural, recalcando el carácter práctico y discursivo de lo intercultural. La interculturalidad debe pensarse como un elemento permanente en el aprender, favoreciendo el carácter democrático del saber.

A través de una educación intercultural los educandos deben ser capaces de percibir la diferencia como un hecho constitutivo del quehacer humano, comprendiendo la pluralidad de expresiones y opciones de vida diferentes como parte de la vida misma.

Me parece interesante rescatar la visión de Freire (1969) para la construcción de una educación emancipadora, pensando que una educación intercultural debe ser de hecho una pedagogía para la liberación, donde los sujetos oprimidos tengan condiciones de descubrirse reflexivamente, como sujetos de su propio destino histórico. Según el autor, en este proceso la liberación se produce tanto con la liberación del oprimido como del opresor, siendo el primero el restaurador de la humanidad de ambos; pero para que ésta sea total, auténtica, los sujetos deben desmascarar lo que alojan del opresor en sus prácticas históricas. La liberación como emancipación de todos es la superación de la contradicción opresor-oprimido, y específicamente en la educación en América Latina la superación de la contradicción colonizador-colonizado.

La permanencia de esta contradicción imposibilita la conciencia del oprimido de sí como persona ni su conciencia como clase oprimida, conformando un comportamiento prescrito en las pautas ajenas dominantes. El oprimido se constituye como un sujeto dual, es el otro introyectado como conciencia opresora, pero al mismo tiempo es el otro por liberar. (Freire, 1969).

Una forma de perpetuar esta relación de opresión ha sido a través de la educación bancaria, donde el educador deposita información en los educandos. El saber se convierte en una donación de aquellos que se juzgan sabios a los que juzgan como ignorantes. El educador es únicamente el que educa, el que sabe, el que piensa, el sujeto del proceso educativo. En cambio, los oprimidos son considerados como patologías, y la única forma de superación de esta condición es mediante su incorporación e integración al sistema dominante. La educación deviene en una forma de adecuación al mundo, asentando una percepción fatalista de los sujetos de su situación.

La educación bancaria es antidualógica, en tanto conquista, divide, manipula e invade culturalmente al oprimido. La conquista de los oprimidos se expresa en la imposibilidad de que éstos desarrollen su condición de admiradores del mundo, instaurándose un mundo falso, de engaños, que alienándoles los mantengan en un estado de pasividad. El mundo se presenta como algo dado, algo estático, al cual los oprimidos se deben ajustar. La división de los oprimidos ha sido la forma por excelencia de su debilitamiento, a través, por ejemplo, de una visión focalista de los problemas, que impide ver la relación de opresión como totalidad. Las élites dominantes manipulan a los sujetos a través de políticas asistencialistas, desviándolos de las verdaderas causas de sus problemas. En la invasión cultural, que impone la visión de mundo de los opresores, los invasores son sus sujetos, autores y actores del proceso, y los invadidos son sus objetos, conduciendo a la inautenticidad del ser de los invadidos. (Freire, 1969)

La única vía hacia la autenticidad es una educación problematizadora, donde el educador educa y a su vez es educado a

través del diálogo con el educando; ambos se transforman en sujetos del proceso en el acto permanente de descubrimiento de la realidad. La educación como práctica de libertad implica la negación del sujeto abstracto, aislado, desligado del mundo, así como la negación del mundo como realidad ausente de seres humanos. La educación problematizadora se basa también en una investigación temática, que investiga el pensamiento y actuar de los sujetos referidos a la realidad en cuanto praxis. Los temas significativos existen en los sujetos, en sus relaciones con el mundo, referidos a hechos concretos. Por lo tanto la educación y la investigación son momentos de un mismo proceso. (Freire 1969).

Finalmente, toda educación que se piense como práctica de liberación es ante todo dialógica, entendiendo por dialogicidad una relación por construir de diálogo entre los sujetos partícipes de una dinámica social, siendo un concepto que va más allá del diálogo, siendo un concepto que implica acción, reflexión y un proceso constante de transformación social para la construcción de relaciones sociales equitativas. En la relación dialógica tanto el lugar del educador como de los estudiantes, son espacios donde se problematizan las relaciones de poder. No se trata de una relación ingenua, sino más de una práctica social problematizadora, donde los sujetos ocupan posiciones desde el cruce de relaciones múltiples.

LA INTERCULTURALIDAD COMO INTERPELACIÓN Y DESCOLONIZACIÓN DEL OTRO

Retomando la concepción de filosofía intercultural de Panikkar (2002) podemos decir que una educación es intercultural cuando va más allá del monólogo solipsista, requiriendo una apertura al otro.

Para este autor no se debe confundir interculturalidad con multiculturalidad, ya que esta última todavía posee el síndrome colonialista, opera con la suposición de la primacía de una supra-cultura superior a todas las demás, capaz de ofrecer hospitalidad bajo su alero. La interculturalidad debe ante todo cuestionar la universalidad de los problemas; cuestionar que exista una verdad absoluta como criterio para evaluar todas las culturas, sin olvidar que sólo podemos evaluar una cultura a la luz de la nuestra, aunque seamos conscientes de que nuestros criterios no son absolutos.

La interculturalidad es un diálogo entre culturas concretas que entran en contacto, pero no de un modo dialéctico, en el cual se acepta un modo particular de racionalidad, que muchas veces no es compartido por el interlocutor, siendo la racionalidad lógica el juez del diálogo. La propuesta del autor es de un diálogo dialógico, que no busca convencer al otro, vencer al interlocutor. Esta forma de pensar el diálogo supone una confianza mutua basado en encuentro de dos seres que hablan y escuchan, supone una determinada intención trascendente más allá de los intereses particulares de los participantes, una aspiración a la armonía, superando la *epistemología del cazador*, en tanto razón instrumental de la sociedad moderna.

El problema fundamental de toda propuesta intercultural es encontrar de mutuo acuerdo las bases del diálogo, su lenguaje, considerando que existen distintos universos lingüísticos y cada lenguaje es un mundo que traduce una concepción particular de la realidad. Por lo tanto, para establecer un diálogo equilibrado es necesario que cada participante haya aprendido el lenguaje del otro, pero entendiendo que la interculturalidad no es una cuestión de traducción sino de comu-

nicación fecunda y mutua. Hablar otro lenguaje no es traducir al nuestro.

La interculturalidad no puede seguir el método comparativo de las analogías simples, debido a que para establecer comparaciones tenemos que usar nuestras categorías. Por ejemplo, el patrón del pensamiento científico es sólo un patrón, que si se extrapola a otras realidades causa la destrucción del universo simbólico de las otras culturas. Por ende, la actitud intercultural es incompatible con la obsesión por la objetividad. Se deben conocer las propias tradiciones pero sobre todo la cultura del otro, aunque de modo imperfecto, a partir de una actitud de disposición a aprender de los otros modos de vida, teniendo claro que toda interpretación es nuestra interpretación.

Si nos aproximamos a otra cultura con nuestras categorías objetivas y con vistas a compararla ..., no podremos sino verla como otra. (Panikkar; 2002: 73)

Panikkar plantea que la comunión en el *mythos* permite el diálogo intercultural, ya que posibilita aprehender el sentido de lo que el otro dice como consciencia simbólica. Para comprender a otra cultura no basta conocer sus conceptos, debemos comprender sus símbolos, participando en su *mythos*, siendo conscientes de que la comprensión de otra cultura nunca es completa, por lo que la interculturalidad nos revela nuestros propios límites. Desde esta perspectiva, la interculturalidad se nos presenta como un camino medio entre el absolutismo de defender valores universales y el rechazo igualmente absoluto de tales valores debido a que no son universales.

La interculturalidad es un imperativo humano de nuestro tiempo, para una convivencia humana más auténtica y duradera, que nos estimula a ser más críticos, menos absolutistas, descubriendo en

nuestra propia cultura los puntos de intersección con otras culturas. La tarea intercultural "... consiste en curar la herida causada en el mundo moderno por nuestra fragmentada aproximación a la realidad. (Fornet Betancourt; 2001: 70)."

La interculturalidad es más una actitud que una forma de conocimiento abstracto, surge del encuentro existencial de diversas visiones del mundo, donde conocer al otro es conocerse a sí mismo. Reconocemos al otro como sujeto, como fuente de conocimiento, por lo que la certeza no puede ser la finalidad de la filosofía intercultural (ya que la certeza se entronca en la idolatría de la razón moderna) sino más bien la confianza en la posible comunicación entre mundos diversos, a través de la búsqueda de un determinado valor intercultural que no pertenezca específicamente a ninguna cultura en particular.

La apertura a la interculturalidad es realmente subversiva. Nos desestabiliza, contradice convicciones profundamente enraizadas Nos dice que nuestra propia visión del mundo y finalmente nuestro mundo no es el único (Fornet Betancourt; 2001: 60).

LA CUESTIÓN DE LA INTERCULTURALIDAD EN AMÉRICA LATINA

En América Latina, para pensar una educación intercultural debemos plantearla en términos de una educación desde lo no colonizado por ninguna tradición cultural, relacionándose con un proceso polifónico que sintonice y armonice diversas voces a través del contraste con el otro y el continuo aprender de sus opiniones y experiencias. En este devenir se renuncia a absolutizar lo propio, a optar por un solo modelo teórico-conceptual. Pero no debemos olvidar que una educación inter-

cultural no es únicamente antieurocéntrica sino que está en contra de toda tradición cultural que se quiera imponer como centro único.

La reflexividad intercultural es pensada como interconexión, intercomunicación, tránsito, para abrir un espacio interdiscursivo que posibilite la comprensión de una comunidad humana determinada. Se busca la universalidad desligada de la figura de unidad, basada en la solidaridad de universos y la multiplicidad de voces de la razón. Estamos ante la búsqueda de la transformación de la razón, de la racionalidad, mediante la incorporación igualitaria de la perspectiva del Sur sobre el mundo y la historia (Fornet-Betancourt, 2001).

La condición de posibilidad para una educación intercultural está enraizada en la pedagogía latinoamericana de la liberación, como expresión de la búsqueda hacia una propia tradición cultural, entroncado en la realidad social y cultural concreta.

... el otro no es ya mera materia para pensar por un pensamiento dispuesto precisamente a asimilarlo como lo pensado o conocido, sino sujeto de un pensamiento propio en proceso (Fornet Betancourt; 2001: 17).

El encuentro del otro se constituye como interpelación, experimentando otro horizonte de comprensión para respectivar nuestra propia posición. Por lo que es necesario crear las condiciones para que los pueblos hablen con su propia voz, articulen su *logos*, mediante la transfiguración de lo propio y lo ajeno en la creación de un espacio compartido y determinado por la convivencia, reconociendo que ninguna posición cultural puede entenderse como lugar definitivo de la verdad.

No hay particularidades ni universalidad, sino universalidades históricas en diálogo contrastante con otras tradiciones. En-

sanchar nuestros recursos teóricos y metodológicos, a través de un proceso dialógico con otras tradiciones de vida y pensamiento, se erige como una de las principales tareas de la educación intercultural, descentrándola de su eje europeo, mediante la ampliación de otras fuentes de conocimiento (poesía, religión ...) así como de la experiencia histórico-cultural de los pueblos indígenas y afroamericanos, por lo que en el contexto latinoamericano la cuestión de la interculturalidad está estrechamente relacionada con las reivindicaciones y luchas de los pueblos indígenas y de otras comunidades subordinadas.

La necesidad del diálogo intercultural en América Latina está conectada con la historia de la conquista y de la colonización del subcontinente en tanto que historia de un desastre continuado: la destrucción y opresión sistemáticas de las diferencias culturales. (Fornet Betancourt; 2001: 68)

Hay una deuda histórica por saldar en relación con los pueblos indígenas y los de procedencia africana. El conflicto, la exclusión y la desigualdad social constituyen el terreno donde se construye todo proyecto intercultural. Las luchas y reivindicaciones que los pueblos indígenas hacen por su reconocimiento, por sus derechos ciudadanos, por una organización de la sociedad que no resulte injusta y desigual, se inscriben en ese proyecto. De ahí que la cuestión intercultural posea un gran potencial democrático en América Latina: de ahí también la fuerza renovadora que podría ejercer una educación que se organice según un paradigma intercultural y que alcance no sólo a la población subordinada, sino al conjunto de la sociedad.

Diversos países latinoamericanos han asumido la interculturalidad en sus políticas educativas. Sin embargo, se sabe que,

en la práctica, eso no llega a cuajar por diversas razones, como por ejemplo la ausencia de la dimensión política, constitutiva de todo planteamiento intercultural, y la reducción de lo intercultural a elementos pintorescos y folclóricos.

A MODO DE CIERRE

La construcción de una educación intercultural no constituye un ejercicio de relativismo cultural sino más bien se ubica en el relacionismo de lo cultural, a partir de un pensar respectivo, como pensar abierto, de un sujeto transformado, que no conoce a otro sino que aprende a conocer con el otro. Por ende, la interculturalidad necesita de la interdisciplinariedad para la explicación de sí misma a través del acceso a diversos ámbitos de las otras culturas y de diversas racionalidades.

La primera tarea es descolonizar las propias ciencias sociales y educativas, entendiendo que el universalismo operante es sólo una forma de particularismo disfrazado. La creencia en que un tipo de universalismo es el objetivo de la comunidad de discurso constituye una fuente de poder intelectual, por lo que es necesario, para abrir las ciencias sociales, un universalismo pluralista que capte la riqueza de las realidades sociales. (Wallerstein, 2001)

Hay que “tomar en serio, en nuestra ciencia social, una pluralidad de visiones del mundo sin perder el sentido de que existe la posibilidad de conocer y realizar escalas de valores que puedan efectivamente ser comunes o llegar a ser comunes a toda la humanidad”. (Wallerstein; 2001: 95)

Es preciso considerar tanto las demandas de relevancia universal como re-

conocer la calidad de una multiplicidad de culturas, en la búsqueda de un universalismo pluralista. Las ciencias sociales deben avanzar hacia la inclusividad, aumentando la posibilidad de un conocimiento más objetivo como resultado del aprendizaje humano, enfatizando la historicidad de los fenómenos sociales. El conocimiento es una construcción social, siendo posible tener un conocimiento más válido mediante la integración de múltiples perspectivas de mundo.

Podemos decir entonces que la pedagogía intercultural es un proyecto posible, pero sobre todo es una experiencia histórica que ha existido como realidad, en tanto existencia de múltiples formas de concebir la educación a partir de múltiples realidades culturales. La tarea, por ende, es articular una relación dialógica entre estas diversas voces, basada en el respeto, la convivencia y el (re)conocimiento mutuo.

La educación intercultural puede definirse como aquella práctica educativa que, a partir de las relaciones asimétricas que se dan en la sociedad y las repercusiones que éstas tienen en las relaciones que se establecen entre los diferentes actores educativos, así como en la subordinación de sistemas de conocimientos y de valores a un sistema hegemónico, aspira a la construcción de relaciones equitativas entre los actores sociales.

En consecuencia, la educación intercultural adopta una actitud crítica frente a modelos educativos excluyentes y discriminatorios; da cabida a distintas formas de enfocar la realidad y de construir el conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Mauricio Beuchot (2002). “Pluralismo cultural analógico y derechos humanos”, *El discurso Intercultural. Prolegómenos para una filosofía intercultural*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Eliseo Cañulef (1998). *Introducción a la educación intercultural bilingüe en Chile.*, Instituto de Estudios Indígenas, Universidad de la Frontera, Temuco.
- Francesco Chiodi (1994). *Hacia un currículum intercultural bilingüe*, PENTUKUN número 1, Instituto de Estudios Indígenas, Universidad de la frontera, Temuco.
- Paulo Freire (1969). *Pedagogía del oprimido*.
- Raúl Fornet-Betancourt (2002). “Filosofía e interculturalidad en América Latina: intento de introducción no filosófica”, *El discurso Intercultural. Prolegómenos para una filosofía intercultural*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Graciano González (2002). “La interculturalidad como categoría moral”, *El discurso Intercultural. Prolegómenos para una filosofía intercultural*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Roberto Morales. (1998). *La interculturalidad como espacio a construir*, PENTUKUN número 8, Instituto de Estudios Indígenas, Universidad de la frontera, Temuco.
- Ruth Moya, “Reformas educativas e interculturalidad en América Latina”, en *Revista Iberoamericana de Educación*, 1998, N° 17: 105- 187. Disponible en línea: www.campus-oei.org/oeivirt/rie17.htm
- Raimon Panikkar. (2002). “La interpretación intercultural”, *El discurso Intercultural. Prolegómenos para una filosofía intercultural*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Immanuel Wallerstein (2001) (Coord.): *Abrir las ciencias sociales*. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. 6ª ed. México: Siglo XXI Editores.